

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL VÍNCULO TRASATLÁNTICO

LAS RELACIONES DE LA UNIÓN EUROPEA

CON LA OTAN Y ESTADOS UNIDOS

EL VÍNCULO TRASATLÁNTICO. LAS RELACIONES DE LA UNIÓN EUROPEA CON LA OTAN Y ESTADOS UNIDOS

Por Alejandro Muñoz-Alonso Y Ledo

Orígenes del vínculo trasatlántico

Ningún análisis serio y riguroso de la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD) puede prescindir de la referencia a lo que tradicionalmente se ha denominado el “vínculo trasatlántico” que, además, no puede limitarse nunca a una alusión de pasada ya que se trata de un obligado e imprescindible telón de fondo. Las relaciones entre las dos orillas del Atlántico –que han pasado por tantas vicisitudes, por momentos de estrecho y cálido entendimiento y por episodios de desencuentro y frialdad- no son, en ningún caso, un elemento ocasional y transitorio, sino, por el contrario, un dato permanente en la evolución histórica y política de ambos continentes, hasta el punto que, si se prescinde de él, resulta imposible entender cabalmente esa evolución.

Manejado habitual y hasta insistentemente durante la guerra fría, el término “Occidente” parece haber desaparecido del vocabulario político e internacional actual a pesar de que, en nuestra opinión, continúa teniendo la máxima pertinencia. Occidente, en su acepción geográfica, abarca a las dos orillas del océano Atlántico y su exacto significado se percibe con mayor nitidez si lo contraponemos a “Oriente”. Pero es evidente que, más allá de la delimitación territorial que se quiera dar, más allá de esa obvia acepción geográfica, Occidente es un concepto cargado de sentido político y axiológico. La moderna Europa Occidental y el continente americano –que, tanto al norte como al sur, se configura en Estados independientes en ese periodo a caballo de los siglos XVIII y XIX que Godechot ha denominado, precisamente, la época de las “revoluciones atlánticas”- proceden ambos, en su fundamentación ideológica, de la filosofía de la Ilustración. Quienes hacen la moderna América, de

Washington y Jefferson a Sanmartín y Bolívar, son ilustrados dieciochescos que comparten la ideología de quienes, por la misma época, logran echar abajo las monarquías absolutas del continente europeo y ponen las bases de los regímenes representativos liberales. América –importa no olvidarlo- tanto la del Norte como la del Sur es, inicialmente, la obra de europeos transplantados al Nuevo Mundo que, después cobra personalidad propia y se enriquece con las aportaciones de los indígenas y de los inmigrantes de tan diversas procedencias, pero sin perder nunca aquella inspiración ilustrada que fue su primera seña de identidad, como también lo fue de la Europa moderna. Esa corriente de influencias intelectuales y políticas no sólo fluyó de Europa al Nuevo Continente sino que, como testimonia ejemplarmente la magistral obra de Tocqueville, también se dirigió en el otro sentido, de América a Europa:

“Dirigí entonces mi pensamiento hacia nuestro hemisferio –escribe en la introducción de su obra más señera, *La democracia en América*- y me pareció distinguir en él algo semejante al espectáculo que me ofrecía el Nuevo Mundo. Vi que la igualdad de condiciones, sin haber alcanzado sus límites extremos como en Estados Unidos, se acercaba a ellos cada día más, y me pareció que aquella misma democracia que reinaba en las sociedades americanas avanzaba en Europa rápidamente hacia el poder.”

Para Tocqueville:

“La gran revolución democrática que se está produciendo entre nosotros” es “el hecho más continuo, más antiguo y más permanente que se conoce en la Historia.”

Pero no cabe duda de que la democracia que ha arraigado primero en Occidente, en ambas orillas del Atlántico casi simultáneamente, no es fruto del azar sino la consecuencia de esa raíz común, la Ilustración, que comparten europeos y americanos. Ahí está la base de la comunidad de visiones y

políticas que los han unido desde entonces y que, de una manera muy especial, se ha puesto de relieve durante la segunda mitad del siglo XX. Un periodo histórico durante el cual el factor fundamental de la seguridad colectiva de Europa ha sido, precisamente, la Alianza Atlántica.

Desde aquellos lejanos orígenes ilustrados, ambos continentes constituyen, en efecto, una comunidad histórica, con valores y aún intereses comunes. Una comunidad plural y diversa –como lo son también internamente Europa y América- de una enorme heterogeneidad pero que hunde sus raíces en el mismo humus histórico e ideológico. Occidente ha sido siempre –y lo sigue siendo, en nuestra opinión- una realidad mucho más que geográfica y quienes, con una ceguera voluntaria y obtusa, intenten desconocer este dato se condenan a no entender la presente situación del mundo ni, cara al futuro, a diseñar una política coherente, capaz de lograr un mundo más libre, más estable y una paz más auténtica.

Es muy importante no perder de vista esta indispensable premisa ya que, sin ella, cualquier reflexión sobre la política europea de seguridad y defensa está llamada, inevitablemente, a naufragar. Europa ha sido, secularmente, un continente incapaz de garantizarse su propia seguridad. Desde la Paz de Westfalia –cuando se diseña el moderno sistema de Estados- hasta la Segunda Guerra Mundial esa seguridad fue víctima de los conflictos entre los mismos Estados europeos. No han faltado, desde luego, los intentos de lograr para el Viejo Continente una seguridad garantizada, pero ni los abundantes tratados dieciochescos ni, ya en el siglo XIX, el sistema del Congreso de Viena, ni el experimento conservador de la Santa Alianza, ni el llamado “Concierto de Europa” fueron capaces de lograrlo. Sólo se puede decir que tuvo un éxito relativo la política británica de la *balance of power*, preocupada, desde su “espléndido aislamiento” insular, de que ninguna potencia continental alcanzara una hegemonía que la convirtiera en un peligro para la paz y para la propia supremacía británica. Como escribe Kissinger:

“La política de Inglaterra se basaba en poner todo su peso del lado del más débil y más amenazado cada vez que la ocasión lo requería para logra el restablecimiento del equilibrio” ⁽¹⁸⁴⁾.

Pero Europa, pese a los esfuerzos concertados y a la influencia equilibrada de la primera potencia del momento, no supo ni pudo conseguir un sistema de seguridad colectiva adecuado y suficiente. Esta grave carencia, fruto de su propia incapacidad, explica por qué el orgulloso Viejo Continente, que se creía cuna exclusiva de la civilización, se despeñó en el siglo XX en esa nueva “guerra de los Treinta Años” (1914-1945), dividida en dos grandes periodos separados por una etapa de confusa y provisional paz. A partir de entonces Europa como tal, junto con las naciones que la constituyen, pierde su hegemonía mundial y entra en un periodo de decadencia del que sólo saldrá cuando se pone en marcha lo que tópicamente se denomina “proceso de construcción europea”.

Desde la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos se constituye, de hecho, en la garantía de la seguridad europea. La gran nación americana, que desde finales del siglo XIX se había asegurado la hegemonía en su continente, el llamado “hemisferio occidental”, extiende su influencia a Europa y a otras zonas del planeta. Como escribe Walter Russell Mead:

“Con menos bajas que ninguna de las otras grandes potencias y con muchas menos tropas sobre el terreno europeo, Estados Unidos desempañaron una desproporcionada influencia en la conformación de la paz.”

Son ellos, en efecto, los que, con mejor buena voluntad que realismo, diseñaron el sistema de la Sociedad de Naciones y el Tratado de Versalles,

¹⁸⁴ Henry Kissinger: *Diplomacy*. Simon & Schuster. 1994. Pg. 70.

inspirado en los Catorce Puntos de Wilson. Este mismo autor entiende que la influencia norteamericana en la política internacional hay que retrotraerla mucho más atrás y, recordando que:

“La compra de Luisiana se eleva sobre las ruinas de los sueños de Napoleón de construir un imperio en el Nuevo Mundo”, concluye que “los Estados Unidos fueron el único verdadero ganador de la Primera Guerra Mundial, como ya había sido el auténtico ganador de los conflictos napoleónicos del siglo anterior” (¹⁸⁵).

Sin caer en exageraciones, se puede decir que, desde aquel momento histórico, que marca el inicio de la decadencia de Europa y el surgimiento de Estados Unidos como potencia mundial, éstos se han constituido en una verdadera “potencia europea” y, a lo largo del siglo XX, han sido la única garantía eficaz contra los insistentes proyectos del autoritarismo y del totalitarismo sobre nuestro continente.

Pero este papel de Estados Unidos no se consolida hasta después de la Segunda Guerra Mundial. No es ocioso recordar que Roosevelt no se sentía en absoluto estimulado a implicarse en aquel conflicto, inicialmente europeo, y que durante muchos meses, no quiso ir más allá de una prudente ayuda a Gran Bretaña, que Churchill le reclamaba insistentemente. Sólo cuando, después de ERCO Harbour, Hitler y sus satélites les declaran la guerra, Estados Unidos se lanzan a la contienda con todo su poderío, no sólo en el frente del Pacífico, forzado por la agresión japonesa, sino en África y Europa, en ayuda de Gran Bretaña, con quien empieza a forjarse una “relación especial”. Pero, inicialmente, la implicación en Europa no se veía como un cambio de estrategia

¹⁸⁵ Walter Russell Mead: *Special Providence. American Foreign Policy and how it changed the World*.

Routledge.2002. Pgs. 8-9.

y es evidente la decidida voluntad de Roosevelt de que todas las tropas americanas, factor esencial de la victoria en Europa regresaran tan pronto como se alcanzara la paz, como insistió en reiteradas ocasiones. Eso es lo que muestra una carta que el presidente de los Estados Unidos escribió a Churchill en 1944:

“Le ruego que no me pida que deje ningún contingente americano en Francia. ¡No puedo hacerlo! Quisiera llevarlos a todos a casa de vuelta. Como ya he sugerido antes denuncié y renuncié a la paternidad de Bélgica, Francia e Italia. Lo que deben hacer ustedes es educar y disciplinar a sus propios hijos.”

Kissinger comenta así esta carta:

“En otras palabras, Gran Bretaña debería cargar con la defensa de Europa sin ninguna ayuda por parte de América.”

En Washington se quería, en suma, que Gran Bretaña siguiera desempeñando en el Viejo Continente la tradicional política de la *balance of powers*, sin calibrar que las circunstancias habían cambiado radicalmente y, sobre todo, que los británicos ya no eran la potencia hegemónica que había sido durante el siglo XIX y hasta el Tratado de Versalles. El mismo Kissinger añade:

“En el mismo espíritu, Roosevelt rechazaba cualquier responsabilidad americana en la reconstrucción económica de Europa.”

Y para reafirmar esta tesis cita otra frase del presidente norteamericano:

“No deseo que Estados Unidos asuma la carga posbélica de rehacer Francia, Italia y los Balcanes. No es ésta una tarea lógica para nosotros que estamos a 3.500 millas o más. Es, definitivamente, una misión para

los británicos, ya que éstos están mucho más vitalmente interesados en ello que nosotros” (¹⁸⁶).

Pero si en Estados Unidos hubo alguna tentación de volver a encerrarse en su alejada “soledad” continental después de la épica victoria contra nazis y fascistas, aquella tentación duró bien poco. A partir, sobre todo, de la llegada al poder del presidente Truman, Estados Unidos –sin abandonar totalmente el recuperado sueño wilsoniano de un sistema de seguridad colectiva en el marco de Naciones Unidas- se implica a fondo en la reconstrucción y defensa del Viejo Continente. Se había producido un cambio radical de la situación política, sintetizada en el comienzo de lo que se llamó la guerra fría, que obligaba a diseñar una nueva estrategia. A partir de Yalta (febrero de 1945) pero sobre todo de Potsdam (julio-agosto de 1945) aparecen con toda evidencia los afanes expansionistas de la Unión Soviética y en Washington se ven forzados a revisar su visión estratégica del mundo. No sin titubeos y dificultades surgió la “doctrina de la contención”, esbozada por primera vez por George Kennan, entonces embajador en Moscú, en un despacho enviado desde la capital soviética, en febrero de 1946, que ha pasado a la historia de la diplomacia con el nombre de “el telegrama largo”. Un año más tarde la teoría alcanzaría amplia repercusión pública cuando en julio de 1947 y bajo el seudónimo de “X”, Kennan publicó en la revista *Foreign ERCOSU* un artículo titulado “The Sources of Soviet Conduct”. A partir de ahí se diseña la “Doctrina Truman” (1947), que suponía, en palabras del propio presidente americano, una apuesta por:

“Un modo de vida basado en la voluntad de la mayoría y que se distingue por la existencia de instituciones libres, el gobierno representativo, las elecciones libres, las garantías para la libertad

¹⁸⁶ Cit. en H. Kissinger, Op. Cit. Pg. 396.

individual, libertad de expresión y de religión y libertad de cualquier forma de opresión política.”

Truman definió la nueva estrategia como:

“La política de Estados Unidos para apoyar a los pueblos libres que resisten los intentos de dominación por parte de minorías armadas o por presiones exteriores.”

Se respondía así al desafío soviético, al que se respondía no con mera retórica sino con hechos concretos, como mostraron los programas de ayuda a Grecia y Turquía. Cualquier duda acerca de los propósitos soviéticos quedó despejada después del “golpe de Praga” de 1948, que suponía la plena y descarada comunización de un país, Checoslovaquia que en ningún caso había quedado adscrito a la órbita soviética ni la famosa entrevista Churchill-Stalin ni en los Acuerdos de Yalta. Pero era evidente que el dictador soviético sólo utilizaba los textos escritos cuando encontraba en ellos algo que le beneficiaba y que, en todo caso y más allá de las ambiciones de los zares, quería someter a la férula de Moscú a todo el mundo eslavo y aledaños.

La nueva política de Estados Unidos se completó con el Plan Marshall, que se basaba en el compromiso de prestar ayuda económica a la reconstrucción económica de Europa, y, ya en 1949, en la Alianza Atlántica, puesta en pie por el Tratado de Washington y concebida como una organización defensiva que tendrá su expresión en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Después de estos decisivos pasos, era evidente que Estados Unidos consideraba a Europa como su máxima prioridad en política exterior y no ya no podía ponerse en duda que su compromiso era serio y duradero. Las tropas americanas iban a quedarse en Europa como garantía de la seguridad el continente y como advertencia permanente frente al evidente expansionismo soviético. Sin caer en la política ficción, hay serios motivos para estimar que, sin la presencia y la garantía americanas, Europa Occidental habría caído toda

ella bajo la influencia soviética, bien por la irresistible fuerza de las armas bien por el intermedio de los poderosos partidos comunistas que, desde dentro de las débiles democracias europeas, trabajaban sin rebozo ni pudor por los intereses de Moscú, en nombre de la revolución proletaria.

A más de medio siglo de distancia de aquellos dramáticos momentos, se puede percibir, con plena nitidez, lo que supuso aquella radical reversión de la política exterior norteamericana y el compromiso europeo de Estados Unidos. Muchos europeos, especialmente de las generaciones más jóvenes, desconocen que aquella Europa era ciertamente muy distinta de la de ahora. Dividida como nunca antes en su historia, como recordó Churchill, por el “telón de acero” que brutalmente cayó desde Stettin hasta Trieste; destruida y sumida en la miseria y en la desesperación; resentida y escéptica respecto de la democracia, cuya debilidad había hecho posible en los años de entreguerras el sangriento y enloquecido aventurerismo de los totalitarismos nazi-fascistas y comunistas, Europa afrontaba la segunda mitad del siglo XX sin esperanza y sin horizontes. No se puede olvidar que la democracia y el sistema parlamentario estaban en aquel momento desacreditados y eran considerados como despreciables vestigios del pasado. Sólo Gran Bretaña había logrado mantener su sistema de libertades y sólo los anglosajones parecían creer en los valores democráticos. Pero la victoria de Estados Unidos y de sus aliados en la Segunda Guerra Mundial cambió totalmente el panorama aunque subsistió la que habría de convertirse en la gran amenaza del este. Nazis y fascistas habían sido derrotados y desaparecieron de la vida política, pero la tentación totalitaria continuó viva, amparada y estimulada por el comunismo soviético que había resistido a la agresión hitleriana y se había alzado, para tantos europeos de Europa Central, Oriental y, seguramente también de la Occidental, como el vencedor indiscutible de la contienda en Europa. El expansionismo soviético alcanzó cotas territoriales que nadie hubiera podido imaginar y, como ya hemos

apuntado, los partidos comunistas, sobre todo en Italia y Francia, parecían dispuestos a completar la tarea.

En este enrarecido ambiente europeo el papel de Estados Unidos fue decisivo, ya que la potencia americana no sólo trajo la paz a Europa y garantizó la estabilidad, sino que apoyó e hizo posible la recuperación de la democracia; se convirtió en la causa eficiente de la prosperidad europea gracias al Plan Marshall; garantizó la defensa de Europa occidental por medio de la OTAN y de su propia presencia militar y, aunque ahora se haya olvidado, fue el primer impulso y la garantía que hizo posible que se pusiera en marcha el proceso de construcción europea. Como ha preguntado algún autor, ¿acaso alguien cree que Adenauer se habría avenido al entendimiento con De Gaulle, o éste a entenderse con el canciller alemán sin la garantía americana? Habría que recordar que el primer tratado defensivo firmado en la Europa de la posguerra fue el Tratado de Dunkerque por medio del cual Francia y Gran Bretaña se comprometían a la defensa mutua para el caso de una recuperación de la agresiva potencia alemana. Además, y aunque ahora pueda parecer extraño, debe recordarse que también Estados Unidos –en la actualidad tan escépticos respecto del papel de Naciones Unidas- lograron imponer en la comunidad internacional una concepción ética de las relaciones internacionales, basadas en el imperio de la ley y en la seguridad colectiva y que, idealmente, se oponía a la viejas tesis europeas del equilibrio de poderes, al reparto de zonas de influencia y a cualquier atisbo de imperialismo colonialista. Escaldados tras el fracaso del proyecto wilsoniano de la Sociedad de Naciones, trataron de que el nuevo “sistema de Naciones Unidas” no cayera en los errores y en la insignificancia que aquél y no dejan de ser pruebas de esa voluntad que el documento fundacional de la nueva estructura internacional fuera la Carta de San Francisco, que se estableciera su sede permanente en Nueva York y que la mayor parte de su financiación cayera sobre los hombros del coloso americano que se alzaba como la primera potencia mundial, en dura

competencia geopolítica con la Unión Soviética que quien entraría en permanente conflicto durante todo el largo periodo de la guerra fría.

Desde entonces la seguridad y la defensa de Europa ha estado garantizada por Estados Unidos, por medio de la OTAN, esa alianza político-militar en la Estados Unidos son el miembro más importante, a muchos codos de distancia sobre sus aliados. Nadie discute abiertamente la importancia del vínculo trasatlántico que une a las dos orillas del Océano en una amplia comunidad de valores e intereses, que es conocida como “Occidente”, según señalábamos más arriba, pero es cierto que, más o menos solapadamente, muchos erosionan o intentan erosionar ese vínculo, sobre todo ya, como veremos, en nuestros tiempos. Las relaciones entre Estados Unidos y sus aliados europeos no han sido, sin embargo, siempre fáciles, como algunos relevantes episodios han puesto de relieve. Y es evidente que las culpas por querellas que podemos calificar como “de familia” no se pueden todas ellas asignar a una de las orillas. En cada momento histórico puede parecer que la responsabilidad por esas situaciones conflictivas recae fundamentalmente en una de las partes, pero si consideramos el periodo en su totalidad, se puede afirmar que las presuntas “culpas” se reparten de una manera bastante equilibrada. En mi opinión, durante la crisis de Irak la mayor responsabilidad por la tensión intra-atlántica debe asignarse a las “potencias continentales”, fundamentalmente Francia y Alemania, pero ha habido otros casos en los que, seguramente, han sido Estados Unidos quienes han deteriorado más seriamente el vínculo euroamericano. La crisis de Suez puede ser una buena muestra de ello.

La crisis de Suez en el año 1956 tuvo, en efecto, una importancia que, casi medio siglo después, resulta difícil exagerar pues muchos de los desarrollos posteriores en las relaciones trasatlánticas tienen en aquel acontecimiento su raíz y su explicación. Ciertamente, Gran Bretaña y Francia, con no pocos resabios colonialistas todavía, hicieron un planteamiento equivocado de la crisis, sobre todo cuando implicaron en la misma a Israel, lo que les enfrentaba

con todo el mundo árabe. Un movimiento que resulta sorprendente en dos potencias con tanta experiencia en ese mundo. Pero aún fue mayor el error estratégico de Estados Unidos que, bajo la Presidencia de Eisenhower y con Foster Dulles como secretario de Estado, adoptaron una política mal planteada y que parecía desconocer tanto las exigencias de la situación geoestratégica como la concreta coyuntura de Oriente Medio, especialmente el carácter y los propósitos del régimen de Nasser. Con su política Estados Unidos hicieron que quienes eran, teóricamente, sus mejores aliados perdieran definitivamente su condición de grandes potencias sin conseguir, en contrapartida, mejorar sus posiciones en Oriente Medio. Al mismo tiempo, la Unión Soviética se crecía gracias a la pérdida de prestigio de sus adversarios europeos. Seguramente no es una casualidad que sólo unos días después del fracaso de la aventura franco-británica en Suez, Kruschev se sintiera animado a acabar violentamente con el comunismo “liberal” del húngaro Imre Nagy. Después de Suez, Occidente, la comunidad trasatlántica apareció más dividida que nunca y mientras Gran Bretaña, consciente de su debilidad, llegaba a la conclusión de que su estrategia no podía ser otra que mantener a fondo su “relación especial” con Estados Unidos, en Francia se consolidaba el recelo y la desconfianza frente a la potencia americana y, en general, frente al mundo anglosajón. Ahí está una de las raíces de antiamericanismo galo y asimismo en Suez se pueden encontrar algunas de las causas, no tan remotas, de la política de De Gaulle –que no llegaría al poder hasta 1958- que se concretó en la salida de Francia de la estructura militar de la OTAN, en la “expulsión” de suelo francés de esta Organización, que hasta entonces tenía en París su sede permanente, y la adopción de una estrategia nuclear propia que se concretaría en la *force de frappe*. La sensación, ampliamente extendida por Europa de que no se podía confiar plenamente en Estados Unidos y de que sólo acomodándose a sus propias estrategias se podía contar con ellos hizo un daño grave y duradero a las relaciones trasatlánticas.

Un juicio muy distinto merece la crisis de los SS 20, desplegados por la Unión Soviética y dirigidos contra Europa occidental. Se trataba de 900 misiles de teatro que suponían una amenaza directa y frente a los cuales la OTAN reaccionó pidiendo al presidente Carter el despliegue de 572 *Pershing II* y misiles de crucero. Las dudas y reticencias de algunos gobiernos europeos y de una buena parte de la opinión pública, así como la protesta de varios partidos de izquierda mostraron, vergonzosamente, la incapacidad de una parte del espectro político europeo para entender las exigencias de la defensa, incluso en momentos que la amenaza se hacía perentoria. Reagan, en la Casa Blanca desde principios del año 1981 mantuvo la decisión pero se vio forzado a vincularla con el inicio de conversaciones con la Unión Soviética acerca de la supresión de los Misiles de Alcance Intermedio (INF) que, tras la Iniciativa de Defensa Estratégica (popularizada como “guerra de las galaxias”) se saldaría con un claro éxito para Occidente que, en definitiva, se alzaría como vencedor en la guerra fría. Lo que interesa señalar aquí es que aquella crisis confirmó la solidez de la Alianza Atlántica y de la política de contención.

Las relaciones entre Europa y Estados Unidos

después del fin de la guerra fría

Con el fin de la guerra fría se producen una serie de cambios geopolíticos que, necesariamente, tuvieron y siguen teniendo incidencia en las relaciones trasatlánticas. Los más sobresalientes de estos cambios son, por supuesto, la desintegración de la Unión Soviética y la desaparición del bloque comunista de Europa Central y Oriental. Se liberan una serie de países, soberanos sólo en teoría durante el largo periodo comunista, y aparecen como entidades soberanas, en Europa, en el Cáucaso y en Asia Central, otros que antes no existían. En el ámbito estrictamente europeo tienen, también, una clara incidencia geopolítica la reunificación de Alemania y, en otro orden de cosas, la aceleración del “proceso de construcción europea” que asume como horizonte

los objetivos, no se sabe inicialmente si excluyentes o compatibles y complementarios, de, por una parte, la ampliación hacia el este de la Comunidades Europeas y, por la otra, la profundización, en la organización y funcionamiento de sus estructuras. La que pronto había de llamarse “Unión Europea” asume como una exigencia ética y, a la vez, como un compromiso político la integración de los países que acababan de liberarse del totalitarismo, incorporándose, como miembros de pleno derecho, en la comunidad internacional. Una decisión estratégica, de largo alcance, que obligaba a revisar unas estructuras originalmente diseñadas para una Europa de seis miembros. Pero ante la amenaza de dilución del proyecto europeo, que se temía podía quedar limitado a una amplia zona de libre comercio, se estima que es necesario “profundizar”, lo que supone plantearse la necesidad de avanzar hacia una “unión política”. La idea de una “unión más estrecha”, que ya había sido, a finales del siglo XVIII, la idea motriz en la creación de Estados Unidos de América se convierte así en consigna estratégica para la Unión Europea. Este nuevo y más ambicioso enfoque plantea, obligadamente, la necesidad de diseñar una PESC e incluso una política de defensa, que, aun avanzando con extraordinaria lentitud, suscitó recelos en Estados Unidos, que veían, al menos al principio, en el proyecto un posible deterioro de la OTAN y una innecesaria duplicación. Aparecía así una nueva causa de fricción en las relaciones transatlánticas.

En todo caso, era evidente que la nueva situación geoestratégica alteraba las prioridades de la política exterior norteamericana que se desplazan de Europa a esa amplia zona que podemos llamar Gran Oriente Medio (que incluye desde Asia Central hasta el tradicional Próximo Oriente) y la no menos amplia zona que se denomina Asia-Pacífico. No se trata de algo totalmente nuevo pues, desde años atrás, existía una tendencia en Estados Unidos que subrayaba la necesidad de dedicar más interés a lo que para los americanos está situado a su oeste: “el sol sale por el Pacífico”, se decía en aquel país, desde bastantes

años atrás, para destacar la importancia de esta amplia zona. Pero con el fin de la “gran amenaza” soviética, centrada fundamentalmente en Europa, esta tendencia se magnifica y en la actualidad es una realidad palpable. No hay más que ver el espacio, cada vez más amplio, que los grandes periódicos norteamericanos dedican ahora a los asuntos de Asia para comprobar esos nuevos enfoques. Y lo mismo podemos decir de las revistas especializadas y de los *think tanks* norteamericanos que, crecientemente, dedican más atención e interés a temas “no europeos”. Para ser más exactos, no es tanto que Europa haya perdido importancia como que la han adquirido otras zonas del planeta. La geostrategia se ha hecho mucho más compleja y tanto desde el punto de vista económico, como desde el político y el militar, ha dejado de ser exacto que todas las grandes cuestiones se resuelven en Washington-Nueva York, Londres, París, Frankfurt o Moscú. La tan mentada globalización ha dado relevancia a nuevas zonas, que hasta ahora estaban como en la sombra, gracias a las nuevas tecnologías de la información y a los avances en los transportes. Gracias a estas novedades tecnológicas, se han incrementado las relaciones entre pueblos y países y, gracias a la rapidez de las nuevas comunicaciones se esos contactos se producen en tiempo real.

La “posguerra fría” afectó también al aspecto militar de las relaciones trasatlánticas que, en el marco de la OTAN, habían tenido tanta importancia durante las cuatro décadas anteriores. Los países europeos, liberados de la amenaza del Este, se lanzan ansiosos a embolsarse “los dividendos de la paz”, lo que se refleja inmediatamente en los presupuestos de defensa que, desde finales de los años ochenta, disminuyen drásticamente y, en ciertos casos, entran casi en caída libre. Algunos van aún más lejos y llegan a insinuar un desmantelamiento de la OTAN, en paralelo a lo que había ocurrido con el Pacto de Varsovia. Por fortuna, estos planteamientos, tan irreflexivos como inconscientes de la verdadera situación del mundo no son atendidos y se impone la idea de que hay que salvar a “la alianza militar de más éxito de toda

la historia". Sabiamente, algunos añaden que la Alianza Atlántica es, además, el mejor instrumento para mantener y consolidar las relaciones transatlánticas que se verían seriamente dañadas si desapareciera. No obstante, debe reconocerse que la nueva situación no deja de afectar a la OTAN, que tarda en acomodarse a la misma como muestran los sucesivos "conceptos estratégicos" aprobados en las "cumbres" de la Alianza de Roma (1991) y de Washington (1999). No acaba ahí el proceso de configuración de "la nueva OTAN", que no quedará ultimado, por ahora, hasta la "cumbre" de Praga (2002). Asimismo se plantea también en el ámbito de la Alianza Atlántica la difícil cuestión de las relaciones con la nueva Rusia. Ésta, amparada en sus propósitos de convertirse en una democracia, ve innecesaria la hipotética ampliación, dando por supuesta su voluntad de paz, y estima inaceptable que se la someta a un cerco de países miembros de la OTAN. Para Rusia, la OTAN ha sido el "enemigo" durante la guerra fría y la sigue viendo como tal. La ampliación de la Alianza Atlántica visualiza de una manera insoportable para Rusia la derrota y el fracaso de la Unión Soviética, que fue su identidad durante la mayor parte del siglo XX. La idea de extender la OTAN hasta sus mismos aledaños es calificada por los rusos como "agresiva" y como especialmente humillante, dado que los nuevos miembros que se incorporan a la Alianza, habían sido durante tanto tiempo satélites que giraban en su órbita de influencia.

El Nuevo Concepto Estratégico de la Alianza, aprobado en Washington en abril de 1999, levanta acta de la desaparición o derrota de lo que durante casi medio siglo había sido para Occidente la "gran amenaza" pero, al mismo tiempo, toma nota de que vivimos en un mundo, quizás incluso menos seguro que el de la guerra fría, porque existen nuevos riesgos, tan imprecisos como imprevisibles, que obligan a no bajar la guardia. La inclusión de nuevos miembros en la OTAN se justifica así, desde el mundo occidental, como absolutamente necesaria, ya que supone la ampliación del espacio de seguridad colectiva. No es esta la ocasión para estudiar con detalle las dos ampliaciones de la Alianza,

la decidida en 1997 en la “cumbre” de Madrid, que abrió las puertas a Polonia, Hungría y la República Checa y la acordada en 2002 en la “cumbre” de Praga que invitó a entrar a siete nuevos miembros de Europa Central y Oriental. Tampoco para analizar la utilísima tarea llevada a cabo por la Asociación para la Paz y el Consejo de Cooperación Euroatlántico. Tampoco para estudiar el Acta Fundacional, que estableció unas especiales relaciones de la OTAN con Rusia y que despejaron, al menos parcialmente, los recelos rusos. A la luz de estos desarrollos aparece con toda evidencia lo absurdo que sería debilitar el vínculo transatlántico que, en estos años iniciales del siglo XXI, se configura, más que nunca, como la pieza clave de la seguridad colectiva en ese amplísimo territorio definido en Washington (1999) como “espacio euroatlántico” pero que desde Praga (2002) carece propiamente de límites y, potencialmente, abarca todo el planeta.

Para cualquier análisis objetivo y con perspectiva resulta evidente que una ineludible consecuencia de este nuevo panorama geoestratégico es que la seguridad europea se hizo aún más dependiente de la garantía americana de lo que lo era antes. Es evidente que los europeos, por decirlo en términos coloquiales, habían bajado la guardia y parecían escasamente conscientes de que el mundo no se había hecho más seguro sino todo lo contrario. En el marco del proceso de construcción europea sólo a partir del Tratado de Maastricht y, sobre todo del de ERCOSUR, empieza a ocuparse la Unión Europea de política de defensa o de una hipotética defensa común. Y lo hace a pesar de las resistencias de algunos miembros de la Unión, especialmente de los cuatro “neutrales” o “no alineados” -Irlanda, Austria, Suecia y Finlandia-, recelosos de lo que llaman, con una enorme exageración, una “militarización” de la misma. Escapa a los fines de este trabajo la consideración de esta extraña supervivencia que permite la existencia de unos Estados “neutrales” o “no alineados”, no se sabe muy bien respecto qué, que intentan eludir cualquier compromiso defensivo pero que, obviamente, recibirían apoyo y defensa activa,

por parte de sus socios, en el improbable caso de que fueran víctimas de una agresión. De alguna manera, nos hallamos antes un claro caso de unos Estados “consumidores de seguridad”, pero reacios a cualquier compromiso en este ámbito. Se trata, en nuestra opinión”, de una asimetría que no contribuye en absoluto a la solidez de la Unión Europea.

Seguramente, anomalías como ésta se explican, al menos parcialmente, porque a lo largo del proceso de unidad europea, los aspectos militares y de seguridad habían quedado completamente marginados desde el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa en 1954. En teoría, todas las cuestiones relacionadas con la seguridad y la defensa, cuando se planteaban en un plano estrictamente europeo, quedaban en manos de la Unión de Europa Occidental (UEO), cuyo marco jurídico era el Tratado de Bruselas. Pero esta organización se convirtió en un ente durmiente que, por otra parte, era patentemente “asimétrica” respecto de la Unión Europea, ya que los miembros de una y otra no eran los mismos. Sólo en la década de los noventa recupera una limitada vitalidad, en el marco de las acciones emprendidas para solucionar el conflicto de la antigua Yugoslavia y cuando ya se había planteado la necesidad de “incorporar” de alguna manera a la UEO en la Unión Europea, como hipotética vertiente defensiva de la misma.

Además, las insuficiencias defensivas de la Unión Europea quedan bien a la vista si consideramos que los primeros pasos que da la Unión Europea en el ámbito de la defensa y de la seguridad no pueden ser más tímidos y cautelosos. En efecto, en el Tratado de ERCOSUR –que va ya algo más lejos que el Maastricht en este terreno- sólo se prevé la participación de la Unión Europea en *misiones Petersberg*, es decir misiones humanitarias, de rescate de personas u otras similares que sólo muy excepcionalmente implicarían la entrada en combate de las unidades implicadas. Sin embargo, y pasando del ámbito comunitario al interno de los Estados, sí se pueden considerar como pasos positivos en el ámbito de la defensa los procesos de plena

profesionalización de las Fuerzas Armadas iniciados por varios países, como Francia, España o Italia, ya bien entrada la década de los años noventa que implican la supresión de la conscripción obligatoria y suponen un nuevo modelo de ejército más reducido pero, evidentemente, mejor formado y equipado. Al mismo tiempo, se inicia en muchos países la modernización de sus Fuerzas Armadas, no sólo en el ámbito del equipamiento, sino también en de la organización y estructura de las mismas, en un intento de aplicar en Europa las nuevas ideas que en Estados Unidos se habían bautizado como “Revolución en los Asuntos Militares”. Se plantea así, inmediatamente, la insuficiencia de los presupuestos de Defensa y la necesidad de situarlos en porcentajes, respecto del Producto Interior Bruto (PIB), que, en la mayor parte de los casos se estima que no pueden estar por debajo del 2%. Pero, en la mayor parte de los casos y en patente contraste con lo que estaba pasando en Estados Unidos, este debate no se traduce en decisiones políticas ni en incrementos presupuestarios dignos de mención. El resultado es que el *gap*, la brecha que separa la defensa europea de la norteamericana no sólo no se estrecha sino que se hace cada vez más ancha. Y sería inútil desconocer que esta situación se convierte en un motivo de fricción entre Estados Unidos y sus aliados europeos. La potencia americana pide un mayor esfuerzo y, además, que este esfuerzo se haga en el marco de la OTAN. Los aliados europeos hacen esfuerzos muy limitados y, cuando los hacen, pretenden hacerlos autónomamente, al margen de sus compromisos atlánticos.

Es así como los tímidos pasos en el camino de una “Europa de la Defensa” se convierten en un nuevo motivo de tensión en las relaciones trasatlánticas y, como acabamos de apuntar, suscitan el inmediato recelo de Estados Unidos. Para los americanos, cualquier movimiento en este ámbito que no se haga dentro de la OTAN supone una apuesta por una perniciosa autonomía y abre una nueva brecha en las relaciones entre las dos orillas del Atlántico. Cuesta mucho trabajo convencerlos de lo que podríamos llamar buenas intenciones de

los modestos planes defensivos europeos. La verdad es que, si bien es cierto que muchos europeos ven la defensa europea como un aspecto imprescindible en el camino hacia una unión política que, en ningún caso, debe menoscabar a la Alianza Atlántica, en otros es bien perceptible el deseo de distanciarse de Estados Unidos, apostando por una defensa europea totalmente autónoma. Un proyecto, por cierto, que, más allá de sus discutibles argumentos políticos sería, hoy por hoy y para mucho tiempo, absolutamente irrealizable. Estados Unidos reitera una y otra vez que los nuevos esfuerzos defensivos deben hacerse en el marco de la Alianza Atlántica, recordando a sus aliados que deben “compartir la carga” (el reiterado *burden sharing*) de la defensa colectiva pero no en proyectos que impliquen una duplicación. La “brecha tecnológica” entre ambas orillas del Atlántico, con el consiguiente reflejo en la capacidad y posibilidades industriales se sitúa así como un reto al que hay que hacer frente. Europa no sólo tiene que establecer mecanismos de cooperación entre los Estados de la Unión Europea dotados de esa capacidad industrial sino también dedicar más recursos al capítulo investigación, Desarrollo e Investigación (I+D+I) no se trata sólo de competir a toda costa con los Estados Unidos, sino también de cooperar cuando sea necesario.

Lo cierto es que durante la década de los noventa la defensa y la seguridad europea se convierten en una causa de fricción entre Estados Unidos y sus aliados europeos. El conflicto de la antigua Yugoslavia –sobre todo el de Bosnia-Herzegovina muestra de una manera sangrante, en sentido figurado y literal- las insuficiencias europeas en esta materia, que culminan y quedan especialmente a la vista en la matanza de Srebrenica. Sólo cuando intervienen en el conflicto Estados Unidos, en el marco de la OTAN que se hace cargo de la operación, entra aquél en vías de solución que, jurídicamente, se concretará en los Acuerdos de Dayton, que implican la permanencia en territorio bosnio de las tropas de Alianza. Como es natural, estas carencias europeas suscitan la irritación de Estados Unidos. En agudo contraste con esta débil situación de las

estructuras defensivas europeas, se siguen mirando con recelo desde Washington, como ya hemos indicado, los tímidos intentos europeos de organizar una defensa propia, por temor a que el resultado sea la erosión de la Alianza. Este recelo queda a la vista con la poco favorable reacción americana ante una serie de hechos que muestran, al menos aparentemente, la voluntad europea de tomarse en serio la cuestión de la defensa y de dotarse de capacidades militares adecuadas a los nuevos retos: cumbre de Saint-Malo, entre Francia y Reino Unido que, aunque ajena propiamente a la Unión Europea, revela el compromiso de las dos potencia mejor dotadas militarmente de la misma; Consejo Europeo de Colonia (junio de 1999); Consejo Europeo de Helsinki (diciembre de 1999), que acuerda el *Headline Goal*.

Por otra parte, en los últimos años de la década de los noventa se suscita un nuevo debate acerca de la comunidad de valores entre Europa y Estados Unidos. Se abandona la idea de que europeos y americanos comparten los mismos valores y la misma visión del mundo y aparecen voces, cada vez más numerosas, según las cuales entre ambas orillas del Atlántico se había producido o se estaría produciendo lo que podríamos denominar un “divorcio axiológico”. Como argumentos se esgrime la diferente actitud de la Unión Europea y de Estados Unidos ante la pena de muerte; la negativa americana a ratificar el Tratado por el que se prohíben las minas ERCSUR nacional; la misma actitud de Estados Unidos ante el Tratado que aprobó el Tribunal o Corte Penal Internacional y las presiones sobre otros Estados para bien evitar su ratificación, bien acordar bilateralmente la exención de los ciudadanos norteamericanos; la negativa a ratificar el compromiso de Kioto sobre emisión de gases contaminantes; la diferente actitud de Europa y Estados Unidos ante los transgénicos. A estas diferencias sobre aspectos concretos debe añadirse las diversas visiones sobre el orden internacional, de las que nos ocuparemos en el apartado siguiente.

Las relaciones trasatlánticas después del 11 de septiembre

Todas estas causas de fricción entre Europa y Estados Unidos aparecen con toda su fuerza y su capacidad para atizar el disenso intra-atlántico después de los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y contra el Pentágono que se produjeron el 11 de septiembre de 2001 (11-S) y que conmocionaron al mundo. Casi sin solución de continuidad y desde el verano de 2002 se planteó la crisis sobre Iraq, que se convertiría en el motivo más grave de tensión entre ambas orillas del Atlántico, al menos desde la crisis de Suez. Lo más curioso, sin embargo, es que, precisamente después del 11-S, se produjo un “momento dulce” que, por un instante, proyectó la impresión de que nunca habían sido más estrechas y amistosas las relaciones entre los Estados Unidos y sus aliados europeos. Durante pocos días, quizás sólo durante horas, pudo imperar la ilusión de que las relaciones trasatlánticas entraban en una nueva época de máximo acercamiento, cimentado por la conciencia de la común amenaza que representaba el terrorismo. En efecto, la reacción europea no pudo ser más generosa pues, inmediatamente después de los atentados, cuando todavía no se había asentado el polvo levantado por el hundimiento de las neoyorkinas Torres Gemelas, el Consejo Atlántico reunido en Bruselas, a instancias de los aliados europeos decidió activar, por primera vez en la historia de la Alianza, el artículo 5 del Tratado de Washington de 1949. Como se sabe, este artículo establece que:

“Un ataque armado contra uno o más (de los signatarios) en Europa o América del Norte será considerado como un ataque contra todos ellos.”

Que asistirán concertadamente al aliado atacado con los recursos necesarios para restaurar y mantener la seguridad.

A esta importante decisión de la OTAN deben sumarse las que tomó la Unión Europea, cuyo Consejo de Asuntos Generales se reunió el 12 de septiembre, no sólo para condenar los atentados sino también para ofrecer “toda la asistencia posible en operaciones de búsqueda y rescate”, al tiempo que se

recordaban los “sólidos y duraderos vínculos que existen entre la Unión Europea y Estados Unidos”. Dos días después los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea, junto con el presidente del Parlamento Europeo, el presidente de la Comisión Europea y el alto representante para la PESC, firmaban una declaración conjunta en la que, tras reiterar la condena por los ataques terroristas, se afirmaba que:

“La Administración de los Estados Unidos y el pueblo americano pueden contar con nuestra completa solidaridad y con nuestra plena cooperación para garantizar que se haga justicia.”

El día 20 de septiembre una declaración conjunta entre Estados Unidos y la Unión Europea establecía el compromiso de ambas partes para combatir “el mal del terrorismo” y afirmaba solemnemente que:

“Nuestra determinación es el reflejo de la fortaleza de las relaciones entra la Unión Europea y Estados Unidos, de nuestros valores compartidos y de nuestra decisión de afrontar juntos los nuevos retos que tenemos ante nosotros.”

Al día siguiente, un Consejo Europeo extraordinario reafirmaba esas ideas y establecía una serie de medidas para luchar contra el terrorismo, a la vez que declaraba que:

“La Unión Europea apoya plenamente al pueblo americano frente a los mortales ataques terroristas.”

Expresaba su voluntad de cooperar con Estados Unidos para castigar a los autores, patrocinadores y cómplices de los atentados y afirmaba que:

“Sobre la base de la resolución 1.368 del Consejo de Seguridad, la respuesta de Estados Unidos está legitimada.”

Nuevas actuaciones de los órganos de la Unión insistieron en esa línea, hasta culminar en el Consejo Europeo de Laeken (diciembre de 2001) que volvió a subrayar la “total solidaridad” con Estados Unidos y decidió reforzar las ya importantes medidas existentes para luchar contra el terrorismo.

Pero antes incluso de que terminase este agitado y dramático último cuatrimestre de 2001 eran ya visibles, de nuevo, motivos de disenso entre Europa y Estados Unidos, al tiempo que empezaba a perfilarse la crisis que culminaría con la cuestión de Irak. El “momento dulce” a que nos hemos referido más arriba dura, efectivamente, muy poco por el rechazo americano a aceptar el ofrecimiento europeo, sobre todo por su negativa a aceptar la activación del artículo 5 del Tratado Atlántico. Esta decisión de Estados Unidos se vio desde Europa como un serio golpe contra la OTAN, que nadie entendió porque, como hemos subrayado, la posición tradicional de la gran potencia americana era la de canalizar en y desde la Alianza los esperados esfuerzos europeos en materia de defensa. ¿Por qué Estados Unidos marginan a la OTAN en este crítico momento cuando, precisamente, desde Washington se sigue considerando a la Alianza como el núcleo duro de la seguridad colectiva euroatlántica? Los europeos que se habían echado a las calles de sus ciudades para protestar contra los atentados de Nueva York y Washington y expresar su solidaridad con Estados Unidos se hundieron en la decepción y se difundió la idea de que “los americanos no nos quieren”. El viejo antiamericanismo, especialmente vivo en algunos países europeos, y nunca desaparecido del todo, iba a encontrar en esa actitud un nuevo pretexto para resucitar. Con un dato nuevo y alarmante: a las habituales críticas de los antiamericanos de siempre se sumaron ahora las de muchos amigos de Estados Unidos, que no entendían el aparente despego de éstos hacia sus aliados.

¿A qué se debe esta nueva actitud de Estados Unidos? ¿Cuáles son las no explicadas razones de la misma? Seguramente el telón de fondo de todos

estos hechos no es otro que el nuevo orden internacional que se ha ido diseñando poco a poco desde el fin de la guerra fría y que está cambiando desde la raíz las reglas de juego de las relaciones internacionales. El mundo bipolar de la guerra fría ha sido sustituido por un nuevo orden unipolar en el que una gran potencia, los Estados Unidos, está tan alejada de las otras por su poderío y también por sus compromisos, que no cabe término de comparación. Muchos recurrirán a la historia para afirmar que nunca, desde el Imperio romano, una sola potencia había estado situada tantos codos por encima de las inmediatas aspirantes a alcanzarla. Se recuerda que los gastos de defensa de los Estados Unidos representan el 40% del total mundial de gastos en este capítulo o que su presupuesto de Defensa es superior al de los nueve Estados siguientes en la lista. En esta situación de unipolaridad, hecho geoestratégico incuestionable, no puede extrañar que la potencia hegemónica se vea tentada por el unilateralismo, por la querencia a actuar en solitario, invitando a los aliados a seguirla pero con escasa voluntad de escuchar sus hipotéticas advertencias o sus reservas y pasando por encima de las organizaciones internacionales, si éstas pretenden bloquear sus propósitos. Al mismo tiempo, una potencia de las dimensiones y poderío de Estados Unidos siente una congénita pulsión resolver las crisis militarmente, haciendo uso de sus enormes recursos en este campo, sin perder el tiempo en complejas e interminables negociaciones diplomáticas, que a veces se prolongan sin llegar nunca a resultados tangibles.

La actitud americana hacia la OTAN y hacia los aliados se explica también por lo que se han llamado “las lecciones de Kosovo”, esto es por el conflicto que tuvo como objeto la provincia serbia de mayoría albanesa y que, sobre todo, se concretó en los bombardeos sobre Serbia, todavía bajo la férula del presidente-dictador Milosevic. Aquélla fue, no lo olvidemos, la primera y, hasta ahora, única guerra que ha reñido la OTAN y la experiencia, especialmente del lado de Estados Unidos, no pudo ser más decepcionante, a pesar de que se

alcanzaran casi todos los objetivos previstos. La toma de decisiones estrictamente militares durante el conflicto, por ejemplo la determinación de los objetivos que debían ser bombardeados, resultó de una enorme complejidad incompatible con las más elementales exigencias de las operaciones bélicas. El Comandante Aliado Supremo de Europa (SACEUR), general Clark, vio mediatizadas sus decisiones militares por consideraciones políticas, viéndose obligado a supeditar algunas operaciones al visto bueno de algunos aliados especialmente puntillosos (se cita siempre a Francia), todo lo cual hizo especialmente difícil su tarea. Se acuñó así el concepto de “guerra por comité”, como expresión de un modo de conducción de las operaciones bélicas totalmente inaceptable desde un punto de vista estrictamente militar.

Estados Unidos aplican esta nueva actitud a la guerra de Afganistán, que se inicia inmediatamente después del 11-S y que persigue no sólo destruir en sus propios reductos y campos de entrenamiento a los terroristas presuntos culpables de aquellos atentados sino también un cambio de régimen en el país. Una notable diferencia con la guerra del Golfo de 1991 que, en lo que seguramente se puede considerar como un garrafal error histórico, se limitó a expulsar de Kuwait a los invasores, sin rematar la tarea derribando al régimen de Sadam Husein, cuya catadura criminal y dictatorial era ya bien conocida. Estados Unidos aplicaron su nueva filosofía a la guerra de Afganistán y si bien buscaron crear una amplia coalición política, mostraron un interés mucho menor en convertirla en una coalición militar. Los Estados aliados enviaron al Comando Central de Tampa (Florida) oficiales de enlace que fueron puntual y precisamente informados del desarrollo de las operaciones, sin estimularles demasiado a enviar tropas al campo de batalla. Unos meses después, acabada al menos la primera fase del conflicto, el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Donald Rumsfeld, publicaba un artículo sobre las transformaciones que se estaban produciendo en las Fuerzas Armadas en el que se reflejaba la nueva concepción estratégica:

“Las guerras se pueden beneficiar, por supuesto, –escribía Rumsfeld- de coaliciones voluntarias (*coalitions of the willing*), pero no pueden combatidas por comité. La misión debe determinar la coalición, la coalición no debe determinar la misión, de otro modo la misión quedará rebajada a su menor común denominador” (187).

De estas palabras no era muy difícil deducir que la OTAN en cuanto alianza universal para cualquier tipo de misión dejaba paso a una nueva concepción, la de las coaliciones *ad hoc*, diseñadas según el tipo de misión, tanto respecto de sus componentes como de las capacidades que deban utilizarse. Se empezaba así a perfilar la idea de una OTAN más política que militar, que algunos definían como “una OSCE dotada de una estructura militar”, ya que era imposible desconocer la tradicional dimensión militar de la Alianza o, según otra versión, como “caja de herramientas” de la que, en cada caso y circunstancia, se echaría mano para utilizar las capacidades apropiadas. Por otra parte, tampoco era difícil concluir que Estados Unidos se reservaban negociar bilateralmente con cada uno de los aliados para conseguir su apoyo político y, eventualmente, alguna otra clase de ayuda militar o financiera.

Este naciente disenso trasatlántico se exagera, llegando a una situación de auténtica exasperación mutua, con motivo de la crisis de Irak que se inicia desde mediados de 2002 cuando la Administración Bush, una vez terminada la fase aguda de la guerra de Afganistán, empieza a plantearse la posibilidad de una acción militar contra el régimen de Sadam Husein. La Casa Blanca tuvo, inevitablemente, que enfrentarse con las discrepancias internas ya que no se puede perder de vista la enorme complejidad del debate acerca de la política exterior en Estados Unidos, como han mostrado Hassner y Vaïse en un

¹⁸⁷ Donald H. Rumsfeld: “Transforming the Military” en *Foreign Affairs* (mayo-junio de 2002). Pg. 31.

reciente trabajo (¹⁸⁸). Las posiciones son muy diversas pero es evidente que, desde la llegada de la Administración Bush el criterio que predomina en el Pentágono y en la Casa Blanca, pero mucho menos en el Departamento de Estado es el que representan los llamados neoconservadores o *neo-con*, que en el plano político cuentan con figuras tan destacadas como el vicepresidente Cheney, el secretario de Defensa, Rumsfeld, o el segundo de éste, Wolfowitz. Por supuesto, existen otras posiciones mucho más matizadas y, en este sentido, vale la pena citar un libro, el de Nye: *The Paradox of American Power*, cuyo subtítulo, *Por qué la única superpotencia del mundo no puede actuar en solitario* es ya bien expresivo. Nye entiende que no se puede fiar todo al factor militar y que hay muchos problemas que no se pueden resolver con medios militares. Tal sería el caso del terrorismo, la principal amenaza contemporánea, por lo que:

“No debemos permitir que la metáfora de la guerra nos impida ver que acabar con el terrorismo exige años de paciencia, trabajo modesto, incluida la estrecha cooperación civil con otros países” (¹⁸⁹).

Pero, desde luego, fue mucho más difícil la oposición a la política de Bush procedente de algunos aliados europeos. En el marco de la campaña electoral para las elecciones alemanas al Bundestag, que se presentaban con escasas posibilidades para el partido del canciller Schröder, éste echó mano de la cuestión iraquí, apelando al pacifismo sobrevenido del pueblo alemán, para intentar lograr el vuelco electoral. Y lo logró al precio de romper el tradicional

¹⁸⁸ Pierre Hassner y Justin Vaïsse: *Washington et le monde. Dilemmes d'une superpuissance*. CERI/Autrement. 2003. Vid. también : *Special Providence. Foreign Policy and how it changed the World*. Routledge. 2002.

¹⁸⁹ Joseph S. Nye Jr.: *The Paradox of American Power. Why the World's only Superpower can't go it alone*. Oxford University Press. 2002. La cita en pg. XV.

atlantismo de la República Federal, el más constante aliado de Estados Unidos en el continente europeo. Esa posición converge inmediatamente con la de Francia que, con Chirac, vuelve al más rancio gaullismo y profundiza en la “teoría del contrapeso”. En síntesis se trata de oponerse al unilateralismo norteamericano, apostando por un mundo multipolar, en el que la Unión Europea, liderada por el eje franco-alemán, jugaría el papel de ese contrapeso a la potencia norteamericana. No es difícil percibir en esa actitud un cierto odio al “liberalismo anglosajón” por parte de una nación que, siendo sin duda una de los más importantes e ilustres de Europa, no ha logrado superar su rancio intervencionismo estatista, incapaz de afrontar la reformas necesarias para su obligada modernización (¹⁹⁰).

Durante el último semestre de 2002 y los primeros meses de 2003 se multiplican en la prensa europea artículos y editoriales que subrayan las malas relaciones entre Europa y Estados Unidos. Bien pensado no se trata de nada nuevo en unas relaciones que nunca han dejado de registrar tensiones pero, desde luego, el disenso no había sido nunca tan amplio ni tan profundo. Algunos hablan de “punto de no retorno” en esas relaciones y el propio Javier Solana publica un artículo titulado “Las semillas de una posible ruptura entre Estados Unidos y Europa”, en el que alude a:

“Cierta grado de exasperación en Europa, incluso por parte de quienes se consideran atlantistas acérrimos.”

El alto representante de la Unión Europea para la PESC entra de lleno en el debate y expone los puntos de vistas europeos que suponen una crítica de las posiciones norteamericanas. Entiende Solana que “para que dure y prospere la alianza transatlántica debe ser más que una asociación *ad hoc* y puramente

¹⁹⁰ Vid. al respecto: Nicolas Baverez: *La France qui tombe*. Perrin. 2003.

utilitaria” y sentencia que “lo necesario y deseado –a ambos lados del Atlántico– no es el imperio estadounidense, sino el liderazgo estadounidense” (¹⁹¹).

Pero no se trata sólo de que unos u otros líderes europeos hagan manifestaciones escasamente amistosas hacia Estados Unidos ya que esa nueva sensibilidad antiamericana se refleja en las encuestas de opinión. Una macroencuesta llevada a cabo por el *Pew Global Attitudes Project* en 44 países con un total de 38.000 encuestados muestra que las opiniones favorables a Estados Unidos en el 2002, comparativamente con otra encuesta del mismo proyecto de 199-2000, han disminuido en muchos países de Europa Occidental y Oriental (-17 en Alemania; -8 en Gran Bretaña; -6 en Italia; -7 en Polonia) aunque han aumentado en otros (1 en Francia; 10 en Ucrania; 24 en Rusia) (¹⁹²). Este renacido interés por el antiamericanismo se traduce en libros sobre la cuestión como el de Jean François Revel: *L'obsession anti-americaine*, análisis muy interesante en el que en el habitual tono polémico propio de Revel, afirma, por ejemplo, que:

“La preponderancia de América es fruto, sin duda, de sus cualidades, pero también de las faltas cometidas por los otros, en particular por Europa”, de modo que “la actual ‘hiperpotencia’ americana no es sino la consecuencia directa de la impotencia europea antigua y contemporánea” (¹⁹³).

Las posiciones del debate ERCOS-atlántico quedan nítidamente expuestas a lo largo del año 2002, antes por lo tanto de que estalle la crisis de Irak. La

¹⁹¹ El artículo, publicado originalmente en la *Harvard International Review* (Invierno 2003), fue reproducido en el diario *El País* (13 de enero de 2003).

¹⁹² Vid. “A rising anti-American tide” en *International Herald Tribune* (5 de diciembre de 2002)

¹⁹³ Jean François Revel: *L'obsession anti-americaine. Son fonctionnement, ses causes, ses consequences*.

Plon. 2002. Las citas en pgs. 39 y 42.

cuestión de las relaciones transatlánticas se convierte, a partir de entonces en una de las cuestiones más candentes de la política internacional, que desborda con mucho la cuestión iraquí. Sin poder analizar en toda su extensión este apasionante debate, vamos a aludir a dos aportaciones que, en nuestra opinión, sintetizan lo que podemos llamar el punto de vista norteamericano y la que, en términos generales, puede considerarse como el europeo. Sin olvidar nunca que tanto en una orilla como en la otra las posiciones son muy variadas, por lo que no deja de ser un tanto abusivo referirse, en singular, a lo que en el debate es europeo o americano. Se trata de dos textos casi simultáneos, publicados en la primavera-verano de 2002, el primero de ellos es el artículo de Robert Kagan "Power and Weakness", publicado inicialmente en la *Policy Review*, número 113 y convertido después de un libro de enorme éxito, traducido a muchos idiomas. El segundo de los textos es uno de los *Papeles de Chaillot*, el número 52 (mayo de 2002) que publica el parisino Instituto de Estudios de Seguridad de la Unión Europea, del que es autor ERCOS Lindley-French y que lleva el título de: *Terms of engagement. The paradox of American Power and the transatlantic dilemma post-11 September*.

Empieza Kagan su artículo afirmando que:

"Ya es hora de dejar de insistir en que europeos y americanos comparten una visión común del mundo o incluso que habitan en el mismo mundo."

Para este autor, Europa se ha instalado en un "mundo kantiano" y sueña con la utopía de la "paz perpetua", mientras que Estados Unidos se han acomodado a un "mundo hobbesiano", en el que las reglas internacionales no son fiables y en el que:

"La verdadera seguridad y la defensa y promoción de un orden liberal dependen sobre todo de la posesión y uso del poder militar."

Europa habría apostado por el *ERC power* y aspiraría a resolver los conflictos internacionales por la vía de la prevención y la negociación, acatando siempre las normas internacionales y actuando en el marco de Naciones Unidas, mientras que los Estados se habría decantado por el uso del *hard power*, esto por la utilización preferente si no exclusiva de su inmenso poderío militar. La aspiración europea sería la de convertirse en un “actor internacional de paz”, minimizando la importancia del instrumento militar y sin reconocer que la influencia internacional que aspira a desplegar no sería creíble ni efectiva sin una indispensable vertiente militar. Más allá de lo que afirma Kagan, debe destacarse que en Europa muchos no aceptan este cierto angelismo y dudan de la eficacia de una política exterior europea de carácter puramente “civil”, en contraposición a la actitud americana que daría primacía a los aspectos militares. Tal el es el caso de lord Robertson, secretario general de la OTAN, que lamentará que Europa se resigne, aparentemente, a ser un “pigmeo militar”. Una situación que conduce, como recuerda Kagan, a una división de trabajo en virtud de la cual “los americanos hacen la cocina y los europeos lavan los platos”. En frase que se haría también famosa, Kagan estima que en las cuestiones estratégicas e internacionales más importantes de la actualidad:

“Los americanos son de Marte y los europeos son de Venus”. Y continúa: “Están de acuerdo en pocas cuestiones y se comprenden unos a otros cada vez menos y menos. Además, este estado de la cuestión no es transitorio, no se trata de la consecuencia de una elección en Estados Unidos o de un acontecimiento catastrófico. Las razones del disenso transatlántico son profundas, fruto de una larga evolución y son, muy probablemente perdurables. Por lo que hace al establecimiento de prioridades nacionales, a la determinación de amenazas, a la definición de los retos y a la modulación y ejecución de las políticas exterior y de defensa, los Estados Unidos y Europa van cada uno por su lado.”

Esta dramática toma de posición, que hace Kagan en el párrafo inicial de su trabajo, es después modulada hasta terminar de una manera más esperanzadora, ya que, precisamente, en el último párrafo escribe así:

“Después de todo, afirmar que Estados Unidos y Europa comparten un conjunto de creencias occidentales comunes es algo más que un cliché... Quizás no es un exceso de ingenuo optimismo creer que un cierto entendimiento común tiene por delante todavía un largo camino que recorrer.”

Por su parte, Lindley-French, estima que europeos y americanos no sólo discrepan acerca de los medios a utilizar en las relaciones internacionales, sino que crecientemente disputan en torno a los fines. Estados Unidos, a pesar de que los conflictos internacionales son cada vez más complejos y multilaterales, tienen, cada vez de una manera más marcada, la tendencia a preferir una respuesta unilateral y, además, de carácter militar. Lindley-French reconoce, sin embargo, que dada la condición de única superpotencia de Estados Unidos y su enorme poder militar, es inevitable un cierto grado de unilateralismo, pero pide que sea un “unilateralismo amplio”. Piensa este autor que los Estados Unidos se comportan como una gran potencia europea del siglo XIX, estiman que lo que es bueno para América es, automáticamente, bueno para el mundo y no escuchan a los aliados. Si lo hicieran, piensa Lindley-French, su actitud ante las crisis internacionales y sus respuestas ante las mismas serían más ponderadas y eficaces. Precisamente por aquellas mismas fechas (8 de abril de 2002), el presidente Bush haría bueno este enfoque al afirmar, maniqueamente, que “quienes no están con nosotros están contra nosotros”. Pocos meses después (septiembre de 2002), se publicaba el documento oficial que fijaba la nueva estrategia norteamericana en el que se daba carta de naturaleza a este nuevo enfoque de la política exterior norteamericana:

“No dudaremos en actuar solos si fuera necesario, en ejercer nuestro derecho a la auto-defensa actuando anticipadamente (*preemptively*) contra los terroristas” (¹⁹⁴).

Obsesionados por su vulnerabilidad, puesta trágicamente de relieve el 11-S, y conscientes de una imposible vuelta a la perdida invulnerabilidad, Estados Unidos no perciben la naturaleza compleja, poliédrica, del poder en el mundo actual, como advierte Nye en el libro citado anteriormente, publicado también en el 2002.

Como es natural, el problema del disenso trasatlántico se agudiza a medida que la crisis de Irak se va calentando hasta desembocar en la guerra. Pero, como se venía percibiendo desde el otoño de 2002, ya no se trata de una división entre europeos y americanos pues nos hallamos ante la propia división interna de los europeos, que se dividen en “atlantistas” y “continentales”, según sean partidarios o no de la política norteamericana respecto Irak y, por extensión, de la política exterior de Estados Unidos, tal y como es formulada y aplicada por la Administración Bush. El último momento de entendimiento entre los aliados occidentales fue la aprobación por unanimidad (con la ausencia de Siria) de la resolución del Consejo de Seguridad 1.441 (8 de noviembre de 2002) que daba al régimen de Sadam Husein una última oportunidad. No pretendemos aquí analizar, por supuesto, el desarrollo de la crisis iraquí, que escapa al propósito de este trabajo, pero lo cierto es que, a partir de aquel momento, las relaciones trasatlánticas se tensan aún más y se profundiza la aludida división entre los europeos. Porque sería imposible entender aquellas relaciones sin tener muy presente la batalla interna europea por el poder en el ámbito de la Unión Europea, en un momento, además, en que la Convención

¹⁹⁴ *The National Security Strategy of the Unites Status of America* (Washington, DC: The White House, september 2002), Pg. 6.

Europea estaba preparando el proyecto de futura “Constitución para Europa” (formalmente Tratado Constitucional). Atlantistas y continentales –por usar los términos a que nos hemos referido más arriba- buscan afirmar su poder en la nueva arquitectura institucional de la Unión Europea y lo hacen, además, utilizando como referencia indispensable, la relación con Estados Unidos.

Esta vertiente de la cuestión se plantea con toda crudeza cuando el 22 de enero de 2003, con el pretexto de celebrar el cuadragésimo aniversario del Tratado del Elíseo –firmado en 1963 entre De Gaulle y Adenauer y punto de partida de la especial relación entre Francia y Alemania- el presidente Chirac y el canciller Schröder emiten una declaración en la que, arrogándose una representación de la Unión Europea que nadie les había dado, toman posición contra la guerra de Irak, en un gesto que, por sus circunstancias, sólo puede calificarse como inamistoso para Estados Unidos y despreciativo del resto de los socios europeos. Sólo seis días después, el 28 de enero, se publica la llamada “Carta de los Ocho” encabezada por Blair y Aznar y firmada además por otros seis jefes de Gobierno europeos, a la que se suman inmediatamente los líderes de los países candidatos a la Unión Europea. El Documento representa un decidido apoyo a la política exterior de Estados Unidos y, en concreto, a su política iraquí. Con gran irritación del presidente francés, Chirac, que, en un gesto carente de diplomacia, se atreve a amenazar a los países candidatos llegando a decir que han perdido una buena ocasión para callarse. Se diseña así una nueva geopolítica intraeuropea con dos bloques bastante definidos. Por una parte estarían el núcleo atlantista que, en herradura, comprendería a los países tradicionalmente volcados hacia el Atlántico (Reino Unido, Países Bajos, Portugal y España) más Italia y los nuevos países de Europa Central y Oriental. Por la otra estarían los países continentales, esto es Francia, Alemania, Bélgica y Luxemburgo. La oposición de Francia a que el Consejo de Seguridad aprobase una nueva resolución, amenazando incluso con hacer uso de su derecho de veto si se plantease la cuestión en el Consejo,

culmina el doble desencuentro de Francia y los continentales, por una parte con Estados Unidos y, por la otra, con los europeos atlantistas, fundamentalmente Reino Unido y España, miembros el Consejo de Seguridad, permanente el primero, temporal el segundo.

Terminada la guerra los países que hemos llamado continentales (Francia, Alemania, Bélgica y Luxemburgo) persisten en su posición y celebran en Bruselas una reunión, que fue conocida como la “minicumbre” (28 de abril de 2003) en la, fuera de los cauces de la Unión Europea, deciden establecer un cuartel general estrictamente europeo que tendría su sede en Tervuren, muy cerca de Bruselas. Las críticas generalizadas que provoca la iniciativa llevan a estos países a matizar sus acuerdos, con el principal resultado de abandonar la poco realista idea de un cuartel general. El disenso intra-europeo no desaparece pero se reconduce en buena parte en el seno de la Convención Europea, que redacta para el proyecto de Constitución una serie de artículos sobre seguridad y defensa que logran un amplio consenso. En ellos se reconoce que algunos Estados miembros consideran que su defensa común se realiza dentro de la OTAN, se establece el principio, para los Estados miembros que así lo deseen, de una cooperación estrecha con la Alianza y, ya sin salir del ámbito europeo, se lanza la idea de una “cooperación estructurada”, abierta a los Estados miembros:

“Que respondan a criterios más elevados de capacidades militares y deseen acometer compromisos más vinculantes en esta ámbito con miras a las misiones más exigentes.”

Además –y esto no ha sido precisamente del agrado de Estados Unidos- se establece una cláusula de defensa mutua en virtud de la cual si uno de los Estados miembros que participen en:

“La cooperación más estrecha” (que no es exactamente lo mismo que la “cooperación estructurada”) “fuera objeto de un ataque armado en su

territorio, los demás Estados participantes le prestarán ayuda y asistencia por todos los medios de que dispongan, militares y de otro tipo, de conformidad con lo dispuesto en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas.”

El conjunto de las disposiciones del proyecto de Constitución –que se ha quedado en un limbo jurídico tras el fracaso del Consejo Europeo de diciembre de 2003- que no pretendemos analizar aquí en detalle, supone un buscado equilibrio entre los atlantistas, que consideran que el principal instrumento de su seguridad colectiva es la OTAN, y los que, con poco realismo, aspiran a una seguridad europea totalmente autónoma respecto de la OTAN y Estados Unidos.

El debate sobre las relaciones trasatlánticas ha continuado pero las novedades aportadas al mismo son escasas. Como ha señalado Nicole Gnesotto los principales contrastes entre europeos y americanos se centran, fundamentalmente en dos aspectos: el grado y características de las amenazas a las que habría que hacer frente y, en segundo lugar, los medios para hacer frente a las mismas. Los americanos piensan que el mundo actual es más peligroso, mientras que los europeos tienen tendencia a estimar que, simplemente es más complejo. Los primeros entienden que las tres amenazas más importantes son el terrorismo, la proliferación de las armas de destrucción masiva y los Estados indisciplinados regidos por dictaduras (*rogue status*). A los europeos, aceptando los riesgos que suponen el terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva, les siguen preocupando riesgos más tradicionales como la inestabilidad regional o las catástrofes humanas. Además, les preocupan no tanto los *rogue status* como los Estados fallidos como consecuencia del mal gobierno y en cuanto al terrorismo y la proliferación prestan una especial atención a las raíces políticas y económicas de esos fenómenos. Por lo que hace a los medios que deban utilizarse para afrontar esas amenazas, mientras que los americanos se inclinan por los militares, los

Europeos tienden a manejar una panoplia de instrumentos entre los que los militares no son prioritarios ni exclusivos. Dice Gnesotto que los dos conceptos que representan la base de:

“La revolución estratégica americana” son los ataques anticipatorios (*pre-emptive*) y el “cambio de régimen”, a pesar de que éste puede implicar inestabilidad. “El mejor modo de sintetizar la estrategia proseguida por la Administración Bush es máxima potencia militar (el presupuesto de defensa se ha incrementado en un 9,7% desde 2001) puesta al servicio de un mesianismo democrático radical”. Por el contrario, “nada es más ajeno a la cultura colectiva de los Estados miembros de la Unión Europea que esta apología del uso de la fuerza y del unilateralismo en las relaciones internacionales... La implicación preventiva, usando todos los medios disponibles por Europa, debería ser la respuesta óptima con el fin de estabilizar, en los estadios iniciales, las áreas potenciales de crisis y conflicto”. Estima Gnesotto que “es muy tentador plantear las diferencias entre los respectivos conceptos estratégicos americano y europeo de esta manera: ataques anticipatorios (*pre-emptive*) versus. Implicación preventiva y prevención de conflictos; *rogue status* vs. Estados fallidos; sistema internacional basado en la fuerza versus. Sistema internacional basado en normas; cambio de régimen’ vs. ‘buen gobierno’; ‘interés nacional’ versus ‘multilateralismo efectivo’ (¹⁹⁵).

Pero no se puede llevar demasiado lejos la contraposición, que es desmentida por algunos hechos recientes. Al analizar conjuntamente el aspecto legal de las

¹⁹⁵ Nicole Gnesotto: “EU, US: visions of the world, visions of the other” en Gustav Lindstrom (editor):

Shift or Rift. Assessing Us-EU relations after Iraq. Institute for Security Studies. Paris. 2003. Pgs. 23

y sigs.

relaciones internacionales (actuación en el marco de la Carta de Naciones Unidas) y el aspecto ético (legitimidad del uso de la fuerza en defensa de los derechos humanos contra la dictadura), Gnesotto formula una pregunta:

“¿Pueden las democracias sobrepasar los límites del Derecho Internacional en defensa de la democracia? La respuesta –continúa- fue unánimemente afirmativa durante la crisis de Kosovo, europeos y americanos estuvieron de acuerdo en que la intervención de la OTAN estaba justificada aún sin mandato de Naciones Unidas. En el caso de Irak, por el contrario, las divergencias aparecieron rápidamente” (196).

Más allá del debate entre los especialistas, lo cierto es que la Unión Europea, a lo largo del año 2003 –que la misma Gnesotto denomina *ERCO horribilis* para las relaciones trasatlánticas- ha avanzado mucho en la concreción de su concepción estratégica que, a la vista de los documentos, responde a las líneas maestras que más arriba hemos caracterizado como propias de Europa. Ya nos hemos referido al texto del proyecto de Constitución para Europa que, de momento, queda reducido a documento de trabajo. Pero parece necesario referirse a los dos Documentos Solana, presentados respectivamente a los Consejos Europeos de Salónica (junio de 2003) y de Bruselas (diciembre de 2003). No nos interesa aquí un análisis detallado de los mismos sino, exclusivamente, las referencias a las relaciones transatlánticas. En el primero de estos documentos, titulado “Una Europa segura en un mundo mejor”, el vínculo trasatlántico queda perfectamente valorado. En su párrafo tercero de la introducción, prácticamente encabezando el texto, se dice así:

“Estados Unidos han desempeñado un papel esencial, en estos logros, a través de su apoyo a la integración europea y su compromiso con la seguridad del continente por medio de la OTAN”. Y más adelante, en la

¹⁹⁶ Ibidem: Pgs. 30-31.

página 9, se insiste: “Uno de los elementos clave del sistema internacional son las relaciones trasatlánticas, que no revierten únicamente en nuestro interés bilateral, sino que refuerzan el conjunto de la comunidad internacional. La OTAN es una importante expresión de estas relaciones.”

En el Documento presentado a la “cumbre” de Bruselas en diciembre de 2003, que puede considerarse como una versión definitiva del anterior se sigue la misma línea. Se reitera que las relaciones transatlánticas son “irreemplazables” y, significativamente, la “célula de planificación” –sustitutiva del pretencioso cuartel general prevista en la “minicumbre” a cuatro del mes de abril- estará conectada con el cuartel general de la OTAN, en cuya sede se instalará, sin perjuicio de que se subraye que actuará con plena independencia. Seguramente, nada de esto quiere decir que se haya acabado el debate sobre las relaciones transatlánticas ni las tensiones entre europeos y americanos, pero es importante que se reconozca el carácter esencial del vínculo que une a las dos orillas del Atlántico.